

Hermenegildo RODRÍGUEZ
LA ÚLTIMA ELECCIÓN



COLECCIÓN LA NOVELA DE JEREZ

Libros Canto y Cuento

CAPÍTULO 1

QUIZAS porque ya no había vuelta atrás, Uriel Grijalbo advirtió un extraño escalofrío al tiempo que las luces de su Kia Sorento iluminaban el panel de la autovía que indicaba el desvío de la entrada a la ciudad. Pulsó el intermitente derecho y buscó con la mirada a Geneviève, su mujer. Ella, rendida, le sonrió. Él le devolvió el guiño y acomodó de nuevo su atención a la carretera.

—Todo irá bien. Verás que sí —dijo Uriel, disimulando su inquietud.

Geneviève Charron dibujó un gesto de complacencia con sus labios, apoyó la mano en el hombro de su marido y giró la cabeza hacia el asiento de atrás donde Bó, su yorkshire terrier, se removía ansioso intuyendo cercano el final del viaje. Ella, a través del cristal trasero observaba los destellos de los vehículos que los seguían y sentía cómo, metro a metro, se alejaban de su pasado más inmediato.

Dejaron a la izquierda el desvío de Arcos. Detrás de los quitamiedos, una hilera de sediento matorral se iluminaba al paso del vehículo y ocultaba un llano oscuro donde, al final, casi se podía distinguir la torre de control del aeropuerto.

El arbolado disperso y la escasa vegetación de olmos y jaramagos dejaban ver unas casas menudas de fachadas encaladas, techos de uralita y corrales vallados con estacas de madera. Entre las viviendas, algún que otro montón de escombros afeaba el horizonte mientras la melodía de *Con el alma en los labios*, cantada por Bunbury, acompañaba sus buenos deseos.

Hacía ya muchos kilómetros que vieron caer el sol por el horizonte y el ambiente que respiraban aún era bochornoso; este verano estaba resultando muy pegajoso, y ni siquiera les

llegaba ese fresco proveniente de los cerros, ese que pudiera procurarles cierto alivio a sus cuerpos consumidos por el éxodo y la nostalgia.

Final del estío de dos mil catorce, y Uriel y Geneviève entraban en Jerez, en esta ocasión, supuestamente para siempre.

El corazón de Uriel latía intranquilo. Geneviève cansada, se removía incómoda, tenía ganas de llegar al hotel para poder darse un buen baño caliente; habían salido muy temprano de una Salamanca lluviosa que celebraba la fiesta de la Virgen de la Vega, con su gente bien abrigada.

En el interior de sus mentes, el olor y la luz de Jerez resultaban más tímidos y melancólicos que en ocasiones anteriores. Su última visita se había producido durante una Semana Santa de años atrás, para el entierro de la madre de Uriel y, antes, en otra ocasión donde apenas cruzaron por el extrarradio, camino de Sanlúcar.

Y en Sanlúcar, en una casa de dos plantas bien encalada frente a la iglesia del Carmen, vivía el tío de Uriel, acompañado de su hijo, quien llevaba la gerencia de una clínica privada en la ciudad.

—¡Coño! —se lamentó Uriel, al observar que había tomado una salida equivocada.

—Calma, calma, cariño, Nadie nos espera. No tenemos prisa —intervino Geneviève al verle removerse molesto en el asiento.

—No sé manejarme bien por el centro de la ciudad. No lo recuerdo.

Uriel redujo la velocidad, dando tiempo a que su *gps* recalculara una nueva ruta. Respiró profundamente y sintió alivio al ver cómo aquel aparato dibujaba una nueva serpiente azul que acababa en la plaza del Arroyo, junto al hotel Bellas Artes, el único lugar de la ciudad que admitía la estancia de su perro.

Con los cristales de las ventanas bajados, el aire les trasladaba por fin un ligero perfume de uva presta para el prensado, de esa uva que dormía en los almijares de las viñas vecinas, desbordando los palenques.

Al borde de la acera, poco iluminada, la puerta ocho del tendido de sol de la plaza de toros casi salía a su encuentro. Geneviève, entretanto, buscaba con sus pies las zapatillas para calzarse y examinaba el lateral de la calle; una fachada desconchada que escondía un parque bodeguero.

Aún quedaban unos minutos para el final.

Al llegar a la calle Sevilla, Uriel recordó que la casa donde había nacido y vivido de pequeño estaba cerca. Giró para tomar la calle Guadalete y, en la esquina de Ponce, la inercia hizo volver la mirada; sintió rechazo y pena.

—¡Qué triste! —comentó Geneviève—. La casa de tus padres se cae a pedazos —y, suspirando, añadió—. ¡En fin!

—Nunca debimos venderla —respondió él.

Uriel y su hermano Álvaro habían nacido en el número quince del Pozo del Olivar, en una habitación de la planta primera que daba a la calle, desde la que en aquel entonces se veía una de las fachadas de la bodega de Valdespino. Su padre había sido empleado en un taller de artes gráficas próximo, en la calle Cruz, donde había muerto de un derrame cerebral con apenas cincuenta y dos años. Tiempo después, al sobrevenir el fallecimiento de su madre de modo inesperado, cuando ninguno de ellos residía ya en Jerez, su hermano le había convencido para que vendieran la casa. Y allí estaba ahora, destrozada y mal cuidada, con los huecos de ventanas y puertas tapiados, a la espera de que la especulación le diera el rejón de muerte.

Camino de la Merced, se encontraron con la iglesia de Santiago. Al final de la cuesta de la Chaparra giraron a la izquierda, donde el olor a miel de uva se hizo más intenso. Pasaron bajo

la puerta del Arroyo. A la derecha dieron con la Catedral a oscuras y, en nada, se encontraron aparcando junto a la fachada del hotel, en un espacio que la dirección mantenía reservado para los huéspedes.

Tras su identificación, y una vez acomodados, cenaron en una de las mesas con faldón rojo y mantel de lino blanco, pegadas a la balaustrada de la azotea del edificio. Las sombras de la Catedral y de la torre minarete se recortaban sobre el vagabundo azul de la ciudad; esa noche le faltaba la iluminación debido, al parecer, a unos fallos en la gestión de carácter interno.

De regreso a la habitación, Bó se dedicó a indagar y explorar cada rincón. Acabaron por acostarse tarde, después de poner en antecedentes a sus dos hijos sobre su llegada a Jerez. Uriel fue el primero en irse a la cama. Geneviève se entretuvo charlando por Skype con Jesús y con Violeta, en una conexión a tres entre São Paulo, Vancouver y Jerez; Violeta y Jesús fueron persuadidos por sus parejas, Marisa y Mathew quienes, infelizmente, no se adaptaron a España. Geneviève los envidiaba, ya que nunca llegó a olvidar lo mucho que le costó adaptarse a Madrid y, más tarde, a la fría y brumosa Salamanca.

A pesar de que ella se distrajo ordenando sus prendas en el armario, aquella noche descansaron a plomo, agotados, sin necesidad de sedante alguno.

Cuando a la mañana siguiente se levantaron, la cafetería del hotel ya estaba cerrada. Al salir a la calle, les dio pereza escalar la empinada cuesta que les conducía al centro y decidieron ir hacia la puerta del Arroyo, a su derecha, mientras Bó husmeaba, marcaba las esquinas y los setos que rodeaban los jardines.

Sentados en sillas de mimbre, Uriel y Geneviève esperaban a que les sirvieran su pan y su café.

—Sus molletes con manteca colorá —dijo el joven camarero que los atendió en El Molino.

Mientras desayunaban, Bó, sentado sobre sus patas traseras, jadeaba ansioso esperando su parte del festín y, de vez en cuando, llamaba la atención de su dueña; movía insistentemente su cola, instruido en la debilidad de Geneviève.

De repente, observaron un alboroto entre los clientes que estaban en el interior del bar quienes, absortos, miraban las imágenes que emitía la televisión local. El resto, los que no alcanzaban a ver la pequeña pantalla, discutían sobre lo publicado en el diario local.

Ellos no podían distraerse en averiguar la razón de tanto barullo; debían volver rápido al hotel porque estaban citados con el propietario de una vivienda próxima a la plaza Aladro, con el que ya habían apalabrado de antemano el alquiler y al que habían anticipado una reserva por transferencia desde Salamanca. Concretar esa situación les urgía, ya que el camión con los muebles llegaría en dos días a Jerez. Geneviève, por otro lado, debía enfrentarse al cierre de las negociaciones mantenidas para su incorporación a una clínica situada en el paseo de la Rosaleda.

CAPÍTULO 2

GERMÁN Almeida estaba liberado de acudir esa mañana a la consejería del colegio Miguel de Cervantes, su lugar de trabajo. Cercana ya su jubilación, el hombre se empeñaba en seguir metido en política y, por su empeño y dedicación, era delegado sindical en la corporación municipal de la ciudad, a cuya plantilla pertenecía desde que comenzó a gobernar el partido amarillo, el de los girasoles.

Lavó sus dientes después de tomar un café. Preparó unos documentos que debía llevarse y los introdujo en su cartera. Realizó sus gárgaras y acabó peinando con paciencia sus cuatro pelos sobre la profunda calva, intentando dejarlos bien dispuestos; gracias al detalle de su formidable calva, nunca pudo evitar que en algunos foros fuera conocido por “el Oneto”. A pesar de su esmero, descuidó sus cejas, anchas y tiznadas de canas, lo que deslucía su aspecto.

Estaba ansioso porque no disponía de mucha información sobre lo que la televisión local repetía una y otra vez desde bien temprano; se sentía realmente perdido. Desconocía parte de lo acontecido y no podía aparecer desinformado por el acto. Esa era la razón por la que no quería retrasar su salida hacia el Ayuntamiento. Andaba con prisa.

Germán, al mismo tiempo, tenía un asunto pendiente que debía resolver: su viejo amigo Uriel Grijalbo había contactado con él, le había confirmado su decisión de volver a la ciudad y, en medio de la conversación, le había participado su intención de hospedarse en el Bellas Artes hasta cerrar el acuerdo del alquiler de una vivienda.

—Ya sabes que el Bellas Artes me pilló al otro lado de la acera —le comentó Germán—. Conozco a sus dueños.